

señores del reino, y los pretendientes de toda clase y linage buscaban con toda preferencia y con segura esperanza de buen éxito los favores de Doña Leonor, sino que aun los prelados dieron en abandonar la morada de la Reina para frecuentar la casa de la manceba del Rey; manceba de distinguida cuna y de grandes prendas de belleza y de talento; pero al fin manceba notoria y pregonada por las trompetas del escándalo en todo el reino y fuera de él.

Un solo servidor le quedó á la Reina, y fué D. Pedro Alfonso que ya vino de Portugal á su servicio, y mas adelante fué obispo de Astorga. Este fué tan adicto á la Reina Doña Maria, y tanto se dolió de su desventura, que no contentándose con permanecer ageno á los buenos oficios é influencias de la favorita, no quiso verla ni hablarla jamás, y no reparó en desafiar sus iras, y aun en correr por ello peligro de la vida.

Las demás personas principales que estaban al servicio de la Reina, pasaron sin repugnancia á desempeñar cargos bien socorridos con los hijos ilegítimos del Rey. No sin razon se sospecha que Doña Leonor gastó su influencia en traer á su casa á los mas distinguidos servidores de palacio, que se dieron por bien hallados en sus nuevos cargos.

Y del ningun ascendiente que alcanzó Doña Maria en el ánimo del Rey, tenemos una prueba que se hizo pública hácia los años 1336. Insistiendo en su propósito de acabar con las perturbaciones movidas en Castilla por los Infantes, el Rey D. Alfonso prosiguió resueltamente la guerra contra D. Juan Nuñez, poniéndole apretado cerco en Lerma. Dábase por inevitable la rendicion de la plaza; y sabidos los precedentes del monarca *Justiciero*, bien podia darse por segura la muerte del sitiado. Ocurrióse pues á los amigos y parciales de D. Juan Nuñez apelar á la intercesion de la Reina, pronta siempre á prodigar bondades; y al efecto partiendo de Búrgos se dirigió á Lerma para mover á su esposo á una resolucion generosa. Nada pudo conseguir la Reina con dulces palabras y sentidas súplicas: el Rey que ya no tenia puesto el amor en ella, y no se daba pena por la continuada

esquivez con que la trataba, la despachó con un desaire, no menos sentido por ser continuacion de desaires de otro linage.

Pudo empero la Reina hallar un lenitivo á su dolor. Su padre, el Rey de Portugal, resentido del humillante desvío con que su hija era tratada, decidióse á tomar con empeño tan pública afrenta. Con este propósito intimó al de Castilla que levantase el cerco de Lerma, pues de otra suerte estaria en guerra con él, y tomaria parte en favor de D. Juan Nuñez. La respuesta, mas altiva que atenta, del monarca castellano, dió origen á una guerra que no hubo término hasta dos años despues; y aun, sabe Dios lo que hubiera durado ella, á no mediar la intervencion del papa Benedicto XII.

Un rey familiarizado en dominar contrariedades de todo género, hasta el punto de haber sometido la altiva aristocracia á la prepotencia del trono, si no reparaba en las amarguras de su prudente y sufrida esposa, menos habia de reparar en los contratiempos que le venian por la ambicion y por los interesados consejos de una favorita. Ocurrióse á Doña Leonor pedir para su hijo D. Fadrique el gran maestrazgo de Santiago que habia quedado vacante; y bastaba la peticion, por ser de quien era, para otorgarla sin réplica y cumplirla á todo trance.

Para colmo de conflictos, estaba hecha ya la eleccion de gran maestre en favor de D. Vasco Lopez; pero fué anulada con rebuscados pretextos que no son de este lugar. Sin embargo, hubo de suscitarse tal corriente de murmuracion, ya por ser D. Fadrique un niño de siete años, ya por ser adulterino, que se suspendió su nombramiento; y sin duda mediaron conversaciones privadas que favorecidas por el claro ingenio de Doña Leonor, hicieron que desistiese del empeño en favor de su hijo. Mas su influencia no quedó desairada, y dejó bien puesto en público su valimiento con el Rey, alcanzando el gran maestrazgo de Santiago para D. Alfonso Melendez de Guzman, hermano de la favorita. Y á despecho de todo, y aun á riesgo de la monarquia, amenazada á la sazón por temible y poderoso enemigo, el Rey que habia negado una leve y honrosísima gracia á la Reina Doña

María, lo posponía todo en el presente caso á un ambicioso antojo y á una pretension escandalosa de su concubina ¹.

Desusado y en realidad imponente aparato de guerra aprestaba el moro en las costas de Andalucía, hasta el punto de considerarse el reino de Castilla tan en riesgo, como lo estuvo en la primera invasion de los árabes. Consideróse pues por el Rey ya indispensable trasladarse á Sevilla; y sin duda con propósito egoísta que luego veremos despuntar, llevó consigo á la Reina Doña María. Ni aun por interés propio supo el Rey hacer pasagera violencia á su pasión, y dispuso también que Doña Leonor fuese á Sevilla. Bien se da á entender lo que hubo de sufrir la Reina con semejante vecindad, siéndole preciso varias veces y para desahogo de sus penas retirarse al convento de S. Clemente de Religiosas Bernardas, «de que era muy afecta y devota.»

Por entonces la escuadra castellana, poco numerosa, fué acometida por la flota africana, muy superior en número, siendo inevitable la completa derrota de aquella. Con este motivo, el papa Benedicto XII dirigió al de Castilla una digna y enérgica epístola, encaminada á demostrar que la derrota de la escuadra era un castigo con que Dios avisaba al monarca, y le inducía á la enmienda de sus crueldades como Rey, y de su vida licenciosa como hombre. «Examina tu conciencia, le decía el Papa, y mira si no te dice algo con respecto á esa

¹ En confirmación de la gran deferencia que Doña Leonor de Guzman merecía al Rey D. Alfonso, véase el siguiente cuadro de los conflictos que trajo el citado nombramiento de Gran Maestre de Santiago.

«Entre los muchos que por censurar públicamente este nombramiento se atrajeron las iras del rey y de su favorita, lo fué el valeroso maestre de Alcántara Gonzalo Martínez de Oviedo, el vencedor de Abdelmelik, que se hallaba en Jerez. Mandado comparecer ante el monarca, temió por su vida, negóse á cumplir el emplazamiento, y haciéndose fuerte en los castillos y con los caballeros de su orden, dirigió al rey cartas un tanto irreverentes, como dictadas por el despecho. Pasando despues á las plazas de la orden, en la frontera de Portugal, ofreció al monarca portugués ponerlas bajo la dependencia de su corona con tal que le ayudara contra el de Castilla. El de Portugal rehusó dignamente el ofrecimiento, respetando la tregua que entre los dos mediaba, y Alfonso de Castilla se dió á perseguir con su acostumbrada energía y actividad al rebelde maestre, que se habia refugiado y hecho fuerte en Valencia de Alcántara, villa principal de su orden. Costóle al rey una guerra viva y personal, variada en lances y en proezas, así por parte de los que seguían los pendones reales, como de los que defendían la bandera del maestre de Alcántara. Al fin viendo éste la inutilidad de su resistencia, bajó de la última torre en que se habia atrincherado, y se entregó á merced del rey, el cual despues de reprenderle agriamente le mandó juzgar por traidor. *El Alfonso Ferrandez*, dice la Crónica, *que estaba allí con el rey... fizolo degollar et quemar por traydor, por cumplir la sentencia que el rey habia dado contra él.* Esto pasaba en los momentos en que Castilla se veía amenazada por los ejércitos de Abul Nassan, y cuando tan conveniente hubiera sido la presencia del rey en las fronteras de Andalucía; pero era primero sacrificar á un ilustre guerrero, y dejar desagraviada á Doña Leonor de Guzman.» (Lafuente, *Historia de España*, tomo 6, pág. 499 y 500.)

concubina á la que, desde tanto tiempo, estás apegado por demás en daño de tu salvacion y de tu gloria.»

Ora produjesen algun efecto estas exhortaciones, ora procediese la resolucion de cálculos previstos, ello fué que el Rey D. Alfonso XI pareció volver á mas amoroso trato con la Reina, y hubo de decidirla á negociar con su padre, el de Portugal, para que enviase su escuadra en auxilio del castellano. Doña María, dando al olvido resentimientos propios, no se acordó sino del peligro en que estaba su esposo; y envió á Portugal á su canciller, D. Velasco Fernandez, dean de Toledo, con cartas tan persuasivas, que el portugués no se hizo mas de rogar. Y en efecto las galeras portuguesas arribaron en buena ocasion.

Pero los aprestos del moro eran cada vez mas imponentes, y el Rey de Castilla, atento á rodearse de alianzas y á robustecerse con numerosas fuerzas hasta el punto de tomar á sueldo naves genovesas, por no considerar suficientes las propias y las aliadas, pensó en estrechar sus relaciones con los Reyes de Aragon y de Portugal.

Con respecto al segundo, fué la Reina Doña María mensajera valiosa y eficaz; y conociendo lo que estrechaba el tiempo por la presteza que se habia dado el moro en allegar poderosas fuerzas, dirigióse apresuradamente á Portugal; y con aviso que sin duda se habria transmitido, su padre se anticipó á su encuentro, pudiendo por lo tanto despacharse la entrevista en la ciudad de Eborá.

«La hija expuso al padre, como los moros tenían cercada á Tarifa; que el Rey su señor y marido debia ir á socorrerla; que acaso seria inevitable dar batalla á los Reyes de Marruecos y Granada; que si esta se perdiese venciendo la multitud de los enemigos, seria Portugal despojo de los que avasallaban á Castilla; que la causa comun obligaba á la union de las armas, no tanto por graciosa y amigable alianza, cuanto por confederacion precisa é interesada. Estas breves propuestas no necesitaban añadir que era hija y Reina la que hablaba. La fuerza obligó al Rey de Portugal á ofrecer cuanto pedia ¹.»

¹ Florez, *Memorias de las Reinas Católicas*.